Si estás deprimido, tienes que leer este libro. Y si no, también

CHRISTOPHER MOORE

EL MONSTRUO QUE AMABA A LAS GASOLINERAS

minotauro

CHRISTOPHER MOORE

El monstruo que amaba a las gasolineras

minotauro

1

Theophilus Crowe

Para tratarse de un cadáver, Bess Leander olía bastante bien: a lavanda, salvia y un rastro de trébol. Había siete sillas de madera colgadas de las paredes del comedor de los Leander. La octava yacía tumbada debajo de Bess, que a su vez colgaba ahorcada de una cuerda de calicó atada a un clavo. Flores secas, cestos de diversas formas y tamaños, y hatillos de hierbas secas en los huecos de las vigas.

Theophilus Crowe era consciente de que tendría que comportarse como un poli, pero se quedó allí de pinote, acompañando a los dos miembros del personal de urgencias del departamento de bomberos de Pine Cove, que contemplaban a Bess como si inspeccionaran el ángel recién puesto en un árbol de navidad. Theo pensó que el azul pastel de la piel de Bess hacía juego con el vestido azul claro y el trazado de la porcelana inglesa expuesta en los sencillos estantes de madera situados en el extremo de la sala. Eran las siete de la mañana, y Theo, como de costumbre, iba un poco fumado.

Oía los sollozos provenientes del piso de arriba, donde estaba Joseph Leander con sus dos hijas, aún en camisón. No había ni rastro de presencia masculina en toda la casa. Era el ideal campestre: suelos de madera de pino y cestos de sauce, flores, muñecas de trapo y vinagres aromatizados con flores insertadas en

botellines de vidrio; antigüedades rústicas, cacharros de cobre, bordados, ruecas, encajes y baldosas de porcelana con oraciones en holandés. No había a la vista una sola página de la sección de deportes o un mando a distancia. No había una sola cosa fuera de lugar ni una mota de polvo. Joseph Leander debía de haber pisado sin fuerzas para no dejar huella. Alguien con menos sensibilidad que Theo lo habría acusado de calzonazos.

—El tío es un calzonazos —dijo uno de los de urgencias

Se llamaba Vance McNally. Tenía cincuenta y un años, era bajito y musculoso, y se peinaba hacia atrás con gomina, igual que lo había hecho desde el instituto. De vez en cuando, puesto que formaba parte del personal que atendía en casos de urgencias, salvaba vidas, lo cual a su juicio le servía de disculpa para comportarse el resto del tiempo como un capullo.

—Acaba de encontrar a su mujer ahorcada en el comedor, Vance —le recordó Theo, que proyectaba la voz sobre las cabezas de ambos miembros del personal de urgencias.

Medía dos metros con un centímetro, y, a pesar de la camisa de franela y los pantalones cortos, era capaz de imponer su autoridad si era necesario hacerlo.

—Parece esa muñeca de trapo, Raggedy Ann —dijo Mike, el otro miembro del personal de urgencias, que tenía veintipocos años y estaba nervioso ante su primer aviso de suicidio.

—He oído que era amish —añadió Vance.

—No era amish —dijo Theo.

—No he dicho que lo fuera, sino que lo he oído. He supuesto que no lo era cuando he visto la batidora en la cocina. Los amish no creen en las batidoras, ¿verdad?

—Menonitas —apuntó Mike con tanta autoridad como pudo otorgarle su juventud.

—¿Cómo?

—Así llaman a los amish con batidoras.

—No era amish —insistió Theo.

—Pues lo parece —insistió Vance.

—Bueno, su marido no es amish —dijo Mike.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Vance—. Lleva barba.

—Por la cremallera de la chaqueta —respondió Mike—. Los amish no tienen cremalleras.

Vance sacudió la cabeza.

—Estos matrimonios con mezcla de creencias siempre acaban torciéndose —se lamentó.

—¡Que no era amish! —gritó Theo.

—Piensa lo que quieras, Theo, pero en el comedor hay una batidora de mantequilla. Eso lo dice todo.

Mike acarició los arañazos que había dejado Bess en la pared con los pies al rascar con los negros zapatos de hebilla en plena convulsión.

—No toques nada —dijo Theo.

—¿Por qué? No puede echarnos la bronca, está muerta. Además nos limpiamos los zapatos antes de entrar —recordó Vance.

Mike se apartó de la pared.

—Tal vez no podía soportar que nada tocase los suelos. Y ahorcarse era el único modo.

Decidido a impedir que su protegido lo superase en cuanto a labores detectivescas, Vance dijo:

—¿Sabes? Por lo general a quienes se ahorcan se les dilata el esfínter, por tanto lo dejan todo perdido. Me pregunto si realmente se ahorcó.

—¿No tendríamos que avisar a la policía? —preguntó Mike.

—Yo soy la policía —dijo Theo.

Era el único alguacil de Pine Cove, escogido para el cargo ocho años atrás y posteriormente reelegido con carácter anual.

—Ya, me refiero a la policía de verdad —contestó Mike.

—Avisaré al sheriff por radio —dijo Theo—. No creo que haya nada que podáis hacer aquí, muchachos. ¿Os importaría decir al pastor Williams, de la iglesia presbiteriana, que se acerque? Tengo que hablar con Joseph y necesito que alguien vigile a las niñas.

—¿Son presbiterianos? —Vance parecía sorprendido porque había puesto todo su empeño en apoyar la teoría amish.

—Avisadle, por favor —insistió Theo.

Dejó a solas a los miembros del personal de urgencias y salió por la cocina en dirección al Volvo, en cuyo interior encendió la radio, ajustó la frecuencia que utilizaba el departamento de policía de San Junipero, y se sentó atento al micro. Menuda le iba a caer por todo aquello por parte del sheriff Burton.

—La costa norte es tuya, Theo. Toda tuya —le había dicho el sheriff—. Mis alguaciles detendrán a los sospechosos, atenderán las denuncias de robo, y que la patrulla de carreteras investigue los accidentes que se produzcan en la Autopista Uno, y ya está. Por lo demás, tú los mantienes lejos de Pine Cove, y así tu secretillo seguirá siéndolo.

Theo tenía cuarenta y un años, y seguía sintiéndose como quien se esconde del director del instituto. Se suponía que esa clase de cosas nunca pasaban en Pine Cove, porque en Pine Cove nunca pasaba nada.

Dio una chupada a la pipa sin humo Sneaky Pete antes de accionar el micro y llamar a los alguaciles.

Joseph Leander permanecía sentado en el borde de la cama. Se había quitado el pijama para ponerse un traje azul, pero los cuernos en los laterales de su pelo ralo delataban el hecho de que había estado tumbado. Tenía treinta y cinco años, cabello claro, delgado, pero trabajándose una barriga que tensaba los botones del chaleco. Theo se sentó en una silla frente a él, libreta en mano. Ambos oían a los alguaciles en el piso de abajo.

—No puedo creer que haya hecho algo así —dijo Joseph.

Theo extendió la mano para dar un apretón en el bíceps del afligido esposo.

—Lo siento de veras, Joe. ¿No dijo nada que pudiera indicar que se estaba planteando hacer algo así?

Joseph negó con la cabeza sin levantar la vista.

—Cada vez estaba mejor. Val le había recetado unas pastillas y parecía estar mejorando.

—¿Visitaba a Valerie Riordan? —preguntó Theo. Valerie era la única psiquiatra clínica de Pine Cove—. ¿Sabes qué clase de pastillas son?

—Zoloft —respondió Joseph—. Creo que es un antidepresivo.

Theo anotó en la libreta el nombre del medicamento.

—Entonces, ¿Bess estaba deprimida?

—No, pero tenía eso de la limpieza. Había que limpiarlo todo a diario. Ella limpiaba algo, y luego volvía a hacerlo cinco minutos después. Nos estaba haciendo la vida imposible a las niñas y a mí. Nos obligaba a quitarnos zapatos y calcetines, y a lavarnos los pies en una jofaina antes de entrar en casa. Pero no estaba deprimida.

Theo anotó «loca» en la libreta.

—¿Cuándo fue la última vez que Bess tuvo visita con Val?

—Hará unas seis semanas. Fue entonces cuando le recetó las pastillas. En seguida dio la impresión de mejorar. Hubo una noche en que incluso se dejó los platos por fregar. Hizo que me sintiera orgulloso de ella.

—¿Dónde están sus pastillas, Joseph?

—En el armario de los medicamentos. —Joseph señaló con un gesto el cuarto de baño.

Theo se disculpó para acceder al interior del servicio. El frasquito de color marrón era lo único que había en el armario de los medicamentos, aparte del desinfectante y algunas tiritas. El frasco estaba medio lleno.

—Voy a llevármelas —dijo, guardándose el frasco en el bolsillo—. Los ayudantes del sheriff te harán algunas preguntas muy similares a las que acabo de hacerte, Joseph. Tú diles lo que acabas de contarme, ¿de acuerdo?

Joseph asintió.

—Creo que tendría que hacer compañía a mis hijas.

—Unos minutos más, ¿vale? Te envío en seguida al ayudante que está a cargo de la investigación.

Theo oyó que afuera arrancaba un vehículo y se acercó a la ventana para ver a la ambulancia alejarse con las luces y la sire-

na apagadas. Llevaban el cadáver de Bess Leander a la morgue. Se volvió hacia Joseph.

—Llámame si necesitas cualquier cosa. Voy a ir a hablar con Val Riordan.

Joseph se levantó.

—Theo, no le digas a nadie que Bess tomaba antidepresivos. Ella no quería que nadie lo supiera. Se avergonzaba de ello.

—No lo haré. Llámame si necesitas cualquier cosa.

Theo salió de la habitación. Un ayudante del sheriff vestido de forma impecable lo encaró al pie de la escalera. Theo vio en la placa que llevaba colgada del cinturón que era un sargento detective.

—Usted es Crowe. John Voss. —Le tendió la mano, que Theo estrechó—. Se supone que nosotros debemos hacernos cargo de la investigación a partir de este momento —añadió Voss—. ¿Qué ha averiguado?

Theo se sintió a la vez aliviado y ofendido. El sheriff Burton iba a apartarlo del caso sin siquiera hablar con él.

—Nada de interés —dijo Theo—. Los llamé por radio diez minutos después de recibir el aviso. Dice Joseph que no estaba deprimida, pero que se estaba medicando. La encontró cuando bajó a desayunar.

—¿Ha echado un vistazo? —preguntó Voss—. Este lugar está limpio como una patena. No hay una sola mota de polvo por ninguna parte. Es como si alguien hubiera limpiado a conciencia la escena del crimen.

—Eso era cosa de ella —contestó Theo—. Era una maniática de la limpieza.

Voss acogió la información con incredulidad.

—¿Dice que limpió la casa antes de ahorcarse? Vamos, hombre.

Theo se encogió de hombros. No le gustaban nada esas cosas de polis.

—Me voy a acercar para hablar con su psiquiatra. Ya le pondré al corriente de lo que averigüe.

—No hable con nadie, Crowe. Este caso es mío.

Theo esbozó una sonrisa.

—De acuerdo. Pero se ahorcó, y no hay nada más. No lo convierta en algo que no es. La familia está muy dolida.

—Soy un profesional —contestó Voss, pronunciando las palabras como un insulto, como si con ello hubiera que inferir que Theo estaba metiendo las narices en asuntos policiales, lo cual, en cierto modo, era exactamente lo que hacía.

—¿Ha comprobado el ángulo amish de la investigación? —preguntó Theo, intentando que su expresión no lo delatara.

Quizá no debía haber fumado nada ese día.

—¿Cómo?

—Calle, pero qué me digo. Si aquí el profesional es usted —dijo Theo—. Lo olvidaba. —Y salió de la casa.

Ya en el Volvo, Theo sacó el delgado listín telefónico de Pine Cove del compartimento de la guantera para buscar el número de la doctora Valerie Riordan, cuando recibió una llamada por radio. Una pelea en el bar Cabeza de Babosa. Eran las ocho y media de la mañana.

Mavis

Se rumoreaba entre los parroquianos del bar Cabeza de Babosa que bajo la piel manchada, flácida y arrugada de Mavis Sand se ocultaba el reluciente esqueleto metálico de un Terminator. Mavis empezó a mejorar sus componentes a los cincuenta, al principio por vanidad: los pechos, las pestañas, el pelo. Más tarde, a medida que fue envejeciendo y el concepto de conservarse la eludió por completo, pasó a hacer que le sustituyeran los componentes a medida que éstos dejaban de funcionar, hasta que casi la mitad de su peso corporal acabó compuesto de acero inoxidable (caderas, hombros, codos, articulaciones de los de-

dos, varillas intercaladas entre las vértebras cinco a doce), membranas de silicona (ayuda para audición, marcapasos, bomba de insulina), resinas de polímeros avanzados (lentes de reemplazo de cataratas, dentaduras), tejido de kevlar (refuerzo de pared abdominal), titanio (rodillas y tobillos) y cerdo (válvula ventricular del corazón). De hecho, si no llega a ser por la válvula de cerdo, Mavis habría pasado por completo de la especie animal a la especie mineral, sin la tradicional parada en la clase vegetal por la que pasa la mayoría. Los borrachos más imaginativos del Cabeza de Babosa (quienes apenas superaban la categoría de vegetales) juraban por lo más sagrado que a menudo, entre canción y canción de la gramola, podían oírse los potentes zumbidos que emitían los servomotores que desplazaban a Mavis tras la barra. Mavis procuraba no aplastar latas de cerveza ni empujar barriles en presencia de los clientes, para evitar dar alas a todos aquellos rumores y arruinar por completo su inexistente imagen de vulnerabilidad femenina.

Cuando Theo entró en el Cabeza de Babosa, vio a la ex reina de las gritonas Molly Michon tendida en el suelo, con los dientes en torno a la pantorrilla de un hombre canoso que gritaba como un gato al que acaban de pisar. Mavis se hallaba entre ambos, blandiendo el bate modelo Louisville Slugger, dispuesta a batear a cualquiera de ellos fuera del campo.

—Theo —gritó Mavis—, tienes diez segundos para sacar a esta loca de mi bar antes de que le esparza los sesos.

—No, Mavis.

Theo echó a correr y apartó el bate que empuñaba Mavis, al tiempo que se tanteaba el bolsillo trasero en busca de las esposas. Arrancó las garras de Molly del tobillo del tipo y la esposó a la espalda. Los gritos del hombre canoso subieron un tono.

Theo se acuclilló para susurrar a oídos de Molly:

—Suéltalo, Molly. Tienes que soltarle la pierna.

Un sonido animal emanó de la garganta de Molly y burbujeó a través de la sangre y la saliva.

Theo le apartó el pelo del rostro.

—No puedo solucionar el problema si no me cuentas de qué se trata, Molly. Mientras tengas la pierna de este hombre en la boca no podré entender lo que dices.

—Apártate, Theo —lo advirtió Mavis—. Voy a desparramarle los sesos.

Theo apartó a Mavis con un gesto. El hombre canoso aumentó aún más el tono de los gritos.

—¡Eh! —gritó Theo—. Cálmese. ¿No ve que estoy intentando mantener una conversación?

El hombre canoso moderó el tono de los gritos.

—Mírame, Molly.

Theo vio que uno de los ojos azules se apartaba de la pierna y la sed de sangre desaparecía sin dejar rastro. Había logrado captar su atención.

—Muy bien, Molly. Soy yo, Theo. A ver, ¿cuál es el problema?

Ella escupió la pierna del hombre y se volvió para encarar a Theo. Mavis ayudó al cliente a alcanzar uno de los taburetes.

—Sácala de aquí —dijo Mavis—. Esta vez se ha pasado de la raya. No quiero volver a verla.

Theo no apartó la vista de Molly.

—¿Te encuentras bien?

Ella cabeceó en sentido afirmativo. Le discurría un rastro de saliva ensangrentada por la barbilla. Theo tomó una servilleta de papel para limpiarla, procurando mantener los dedos lo más lejos posible de su boca.

—Ahora voy a ayudarte a levantarte, y luego saldremos para hablar de todo esto, ¿de acuerdo?

Molly asintió de nuevo, y Theo la ayudó a ponerse en pie antes de dirigirla hacia la puerta.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita un médico? —preguntó volviéndose hacia el hombre canoso.

—Yo no le he hecho nada. Nunca había visto a esa mujer. Sólo he parado aquí a echar un trago.

Theo miró a Mavis en busca de confirmación.

—Le ha tirado los trastos —respondió Mavis—. Pero eso

no es excusa. Cualquier chica tendría que agradecer la intención. —Se volvió para sacudir las falsas pestañas ante el hombre mordido—. Yo sabría agradecerte la intención, ricura.

El hombre mordido miró a su alrededor, presa del pánico.

—No, estoy bien. Nada de médicos. Estoy perfectamente. Mi mujer me espera.

—Si de veras se encuentra bien... —dijo Theo—. ¿No quiere poner una denuncia?

—No, ha sido un malentendido. Abandonaré el pueblo en cuanto la saque usted de aquí.

Hubo un suspiro generalizado de decepción procedente de los parroquianos habituales, que habían hecho apuestas sobre quién sería objeto de las caricias del bate de Mavis.

—Gracias —contestó Theo, dirigiendo a Mavis un guiño subrepticio antes de conducir a Molly a la calle, disculpándose cuando se cruzaron en la puerta con un anciano de raza negra que entraba en el local con una funda de guitarra.

—Supongo que una vez que se le acaban las palabras dulces y el licor, un hombre no tiene más remedio que adoptar medidas más contundentes —apuntó el hombre negro, dirigiéndose a la barra con una sonrisa deslumbrante—. ¿Alguien andaba buscando a un bluesman?

Molly Michon

Theo introdujo a Molly en el asiento del pasajero del Volvo. Ella se sentó cabizbaja, con la imponente melena de pelo rubio con vetas grises colgándole sobre el rostro. Llevaba un jersey verde dos tallas mayor, y una deportivas de caña alta, una roja y otra azul. Podía tener treinta o cincuenta años, y cada vez que Theo la recogía declaraba una edad distinta.

Theo rodeó el vehículo y, una vez sentado al volante, dijo:

—¿Sabes, Molly? Cuando muerdes a un tipo en la pierna, no sólo te conviertes en un peligro para el prójimo, sino para ti misma. ¿Se te había ocurrido pensarlo?

Ella asintió, sorbiendo los mocos. Una lágrima se precipitó sobre el jersey desde la mata de pelo, dejando un lamparón.

—Antes de arrancar el coche, necesito asegurarme de que te has calmado. ¿Voy a tener que sentarte detrás?

—No ha sido un ataque —dijo Molly—. Ha sido en defensa propia. Quería un trozo de mí. —Levantó la cabeza y se volvió hacia Theo, pero el cabello seguía cubriéndole el rostro.

—¿Estás tomando tus fármacos?

—Medicación, lo llaman medicación.

—Perdona —se disculpó Theo—. ¿Te estás tomando la medicación?

Ella asintió.

—Quítate el pelo de la cara, Molly. Apenas te entiendo.

—Estoy esposada, listillo.

Theo estuvo a punto de darse una palmada en la frente. ¡Qué idiota! Tenía que dejar de ir fumado al trabajo. Extendió el brazo y le apartó con cuidado el pelo de la cara, dejado al descubierto una expresión divertida.

—No tienes por qué andarte con tanto cuidado. No muerdo.

Theo sonrió.

—De hecho...

—Que te jodan. ¿Vas a llevarme a la comisaría del condado?

—¿Debería?

—Volveré en setenta y dos horas, y la leche de la nevera se echará a perder.

—Uy, en ese caso será mejor que te acerque a casa.

Arrancó el coche y dio la vuelta a la manzana para regresar al aparcamiento de caravanas Caña Mosca. Habría tomado un camino alternativo de haber podido para ahorrarle la vergüenza a Molly, pero Caña Mosca estaba frente a Cypress, la calle mayor de Pine Cove. Cuando pasaron por delante, las personas que salían de sus vehículos se volvieron para mirar. Molly les dirigió unas muecas a través de la ventanilla.

—Eso no ayuda, Molly.

—Que se jodan. Los fans quieren algo, cualquier cosa mía. Eso puedo dárselo. Mientras conserve el alma.

—Muy generoso por tu parte.

—Si tú no fueras un fan, no te dejaría hacer esto.

—Pues sí, lo soy. Uno de tus mayores fans. —De hecho, nunca había oído hablar de ella hasta la primera vez que lo avisaron para llevársela de la cafetería H.P., donde la había tomado con la cafetera porque no dejaba de mirarla.

—Nadie lo entiende. Todo el mundo quiere un trozo de ti, hasta dejarte sin nada. Incluso la medicación te arrebata un pedazo. ¿Tienes idea de a lo que me refiero?

Theo se volvió hacia la mujer.

—El miedo al futuro me paraliza de tal modo que la única manera de seguir adelante es con ingentes cantidades de drogas y negación.

—Ostras, Theo, te veo jodido.

—Gracias.

—No puedes ir por el mundo diciendo locuras como ésa.

—Normalmente no lo hago. Ha sido un día de locos.

Giró para encarar el aparcamiento de caravanas Caña Mosca. Veinte caravanas asomaban sobre la orilla del arroyo de Santa Rosa, por el que discurría un hilo de agua tras un verano largo y seco. Una arboleda de cipreses ocultaba el aparcamiento de caravanas de la calle mayor y la visión de los turistas que pasaban por allí. La cámara de comercio había obligado al propietario del aparcamiento a retirar la señal de la entrada. Caña Mosca era un oscuro y sucio secretillo de Pine Cove que todo el mundo guardaba bien.

Theo frenó ante la caravana de Molly, una reliquia de los años cincuenta de un único espacio con ventanucos pequeños y chorretones de herrumbre que caían del techo. Sacó a Molly del coche y le quitó las esposas.

—Voy a hablar con Val Riordan —dijo Theo—. ¿Quieres que le pida que te encargue algo en la farmacia?

—No, tengo mi medicación. No me gusta, pero tenerla la

tengo. —Se frotó las muñecas—. ¿Por qué vas a ver a Val? ¿Te estás volviendo loco?

—Probablemente, pero es por trabajo. ¿Vas a estar bien?

—Tengo que estudiar mi diálogo.

—Claro. —Theo le dio la espalda, pero se volvió en seguida—. Molly, ¿qué hacías en el bar a las ocho de la mañana?

—Y yo qué sé.

—Sabes que si el tipo del bar hubiese sido de por aquí, habría tenido que llevarte a la comisaría, ¿verdad?

—No me ha dado ningún ataque. Ese hombre quería un pedazo de mí.

—Mantente alejada del bar por un tiempo. Quédate en casa. No salgas más que para hacer la compra, ¿vale?

—¿No hablarás con la prensa amarilla?

Theo le tendió una tarjeta.

—La próxima vez que alguien intente hacerse con un pedazo de ti, llámame. No me separo del teléfono móvil.

Ella se subió el jersey para introducir la tarjeta bajo la goma del panty, y después, sin soltar el borde del jersey, se dirigió a su caravana con cierta parsimonia. Treinta o cincuenta, bajo el jersey aún conservaba el tipo. Theo la vio andar, olvidando por un instante quién era.

—¿Y si eres tú, Theo? —preguntó ella sin volverse—. ¿A quién aviso entonces?

Él sacudió la cabeza como un perro que intenta librarse del agua que se le ha metido en el oído. Después subió al Volvo. «Llevo mucho tiempo solo», pensó mientras conducía.